



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9781

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MARTES 12 DE JUNIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, letones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

EXPOSICION del CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID.

Sin necesidad de compararla con las nacionales que bismalmente convoca el Estado, ni acudir á las disparatadas hiperboles de un celo mal entendido, bien puede asegurarse que, sino la mejor, es una de las más importantes que ha logrado reunir la Sociedad de artistas madrileños.

Celebrada en el magnífico local de la nueva Biblioteca, llama y llamará seguramente y durante muchos días la atención del público inteligente que se preocupa del progreso del arte moderno.

La nota característica es la de marcar una tendencia laudable hacia la pintura formal que deja los bocetos, los apuntes, las impresiones y las manchas para los estudios y lleva á las Exposiciones los cuadros concluidos. Bajo este punto de vista los artistas están de enhorabuena. Había hartura de estudios y sed de obras. Los pintores se han inspirado en la necesidad sentida y de aquí su principal triunfo.

Los maestros han dado el ejemplo. Jiménez Aranda, que lo es muy grande cuando quiere, ha presentado un lindísimo cuadro, lleno de sentimiento, admirablemente concebido, mejor compuesto y hecho á la manera sobria pero concienzuda, que es patrimonio del autor de *Una desgracia*.

Abandonados, que tal es el título de la joya de la Exposición, impresiona de suerte que es muy difícil contemplarla un rato sin que las lágrimas se agolpen á los ojos. Una madre joven, velando sola el sueño tranquilo de un niño á medio vestir en el indiferente abandono de quien gime bajo el peso de una gran desgracia, con las mejillas abrasadas por el llanto, la mirada perdida, pensando en el que se fue... Esto es todo.

El mismo admirable dibujo del cuadro *Abandonados* campea en *Los pequeños naturalistas*, otra obra del Sr. Aranda, que se recomienda, además, por la gracia de su asunto. Varios chiquillos tumbados sobre la hierba de un jardín, examinando con curiosidad infantil un bicho muerto. Si *Los abandonados*

hacen llorar, *Los pequeños naturalistas* obligan á reír.

Muñoz Degraín, el maestro del paisaje, personalidad inconfundible con ninguna otra por su valentía, rayana en la temeridad, presenta *Una boda en Venecia*, prodigio de efecto y reto singular á cuantas dificultades pueden presentarse en la pintura, con el propósito, cumplido, de vencerlas. La luna, su reflejo en las tranquilas aguas del Gran Canal, las luces multicolores puestas en la proa de las góndolas, el cielo nubarrado, dejando ver entre sus girones centenares de estrellas, las hachas de viento que acompañan al cortejo nupcial, la iluminación del palacio y del embarcadero: todo esto interpretado con un desenfado original, incopiable y atrevido, produce larga impresión de asombro en el público que no se cansa de admirar cuadro tan hermoso.

Joaquín Sorolla, que todo lo que tiene de joven, lo tiene de maestro, y cuya fecundidad no conoce precedentes, aporta varios retratos (uno de ellos del pintor Luis Sainz, verdaderamente grandioso y modelo en el género,) y cuatro cuadros de costumbres á cual mejores. En mi concepto, sin embargo, ninguno alcanza la altura del titulado *Las redes*, pues por la asombrosa verdad de su ambiente, su luz deslumbradora, la naturalidad de su composición y la chispa de su argumento, es, como digo, difícil de igualar. El pescador, que mientras recompones sus redes, no advierte las que un mancebo apostado á la puerta de su casa tiende á la hija que le ayuda en la tarea, no son figuras pintadas: viven. *Fruta prohibida* cuya escena (un curita sorprendido por dos muchachas, en el momento de comerse una manzana) se desarrolla en un jardín maravilla de color; *Los cordeleros* y *El Santero*, completan la instalación del joven artista valenciano, asentando más y más su ya sólida reputación.

El infortunado Casimiro Sainz ha llevado tres paisajes y una rosa siendo ésta la flor mejor pintada de toda la Exposición. Parece un adferio comparada con los paisajes. Uno de ellos, bajo bosque, constituye algo que no es posible describir por falta de palabras apropiadas á lo que el cuadro merece. ¡Tremenda injusticia es la de la naturaleza, al condenar á incurable dolencia al que produce obras semejantes!...

Masriera, presenta dos cabezas. La encerrada en un marco de hojas resulta delicadísima y decorativa hasta no poder más. Quizá no sea muy verdad; pero es muy bella, y el ideal del arte es la realización de la belleza.

De la gente nueva que en este certamen se revela haciendo atentar grandes esperanzas, ninguno como Andrade. Es un chiquillo y un maestro. La escuela de Moreno Carbonero, la del aire libre, y la del sol, tienen ya en Andrade un apostol ferviente que predica con los pinceles, convencido de la bondad de la causa que comienza á sostener.

La siega, cuadro el más luminoso de toda la Exposición, podía firmarlo el ya mencionado Moreno Carbonero. Es imposible contemplarlo sin entornar la vista, porque materialmente deslumbra. Los otros cuadros de Andrade, pues presenta varios, son asimismo excelentes pruebas de un talento pictórico nada común.

Plácido Frances, con sus *Cantoras*, su hija Fernanda con una langosta apuradísima de dibujo, Alejandro Ferrant, con una acuarela fresca y brillante y varios estudios de interior, todos como de él, y Martínez Abades con multitud de marinas, muy estudiadas del natural, están bien representados.

Cecilio Plá, es de los que tienen ya su reputación consolidada y no necesitan de presentaciones encomiásticas. ¿A que, pues, repetir lo que todo el mundo sabe?... Baste consignar que presenta cuatro cuadros, y que *Una consulta*, el más importante de ellos, no desmerece de los antecedentes del autor.

Garnelo, autor del *Duelo interrumpido*, ha traído la escena culminante del popular drama, *La Dolores*. Censúrasele, por algunos, la desproporción que ha dado á la figura de la protagonista, que aparece en primer término, saliéndose materialmente del cuadro, y el resto de los personajes tan achicados que vienen á aumentar los accesorios del fondo de posada en que la acción se desarrolla. Quizá si á la discusión empeñada, siguiera una prueba de perspectiva, resultara lo que se critica, pero en escala tan pequeña, que apenas valdría la pena de tomarla en cuenta, máxime para buscar defectos en cuadro que tantas bellezas atesora. El patio aragonés en que tiene lugar la escena está muy bien pintado: es la realidad misma: y en cuanto á la *Dolores*, no es ningún muñeco indiferente, sino una figura que vive y piensa. *La Saleta*, de Palacio, otra obra del Sr. Garnelo, es el mejor estudio de interior que hemos visto hace muchos años.

Cutanda persiste en presentar escenas de los altos hornos de Bilbao, impresionados en la nota gris que tan sabrosa parece al autor. *En el campo de batalla* y *En peligro inminente*, son dos buenos estudios de cosas reales y positivas.

El recuerdo de Florencia que, bajo el título de *Coro de ángeles* (varias niñas vestidas de primera comunión entonando un himno) expone el Sr. Palido, adolece, á trueque de delicadezas plausibles, de exceso de detenimiento en los detalles de la decoración que quitan importancia, viniéndose encima, á lo que siempre debe ser principal, en las obras de arte. El mismo pero, hay que oponer en las restantes producciones de este estudiosísimo pintor, *Una pescadora*, *Un bautizo en Venecia*, cuadro lindo y la capilla de San Onofre en Roma, que no por esto dejan de ser apreciables, y la prueba es que las cito, estando resuelto á no mencionar siquiera nada que huelga á malo.

Megía, presenta una soberbia acuarela, rival por lo firme de su

dibujo y lo robusto de su colorido, de las buenas de Ferrant, el maestro en el género: más una bien pensada escena de principios del siglo, acabada hasta con exageración. Magnífica obra para los cortos de vista: por mucho que á ella se acerquen no verán las pinceladas.

Saint-Aubin, sigue escuela parecida, en esto de pintar menudo y detallado. Y sin duda también es partidario de que de lo bueno poco, cuando tan en pequeñas dosis administra las pruebas de su talento. Lo digo porque sus cuadros *Chismografía* y *Entre dos fuegos*, caben ambos en un bolsillo.

Carlos Vazquez, que abandonó las enseñanzas de Madrid por las de París, triunfa en toda la línea con dos composiciones distinguidísimas y admirablemente presentadas. Difícilmente se puede señalar cual de ellas es la mejor. Si el *Idilio de pobres* (dos niños dándose un beso) se recomienda por la ternura del asunto, *Mi modelo* es conjunto acabado de la elegancia parisiense. No hay en todo el cuadro nada que sea feo. Empezando por la muchacha, que es muy buena manera de empezar, y prosiguiendo por los detalles más insignificantes al parecer, las bellezas se encuentran repetidas indefinidamente. Carlos Vazquez era mi maestro, pero hoy, á más de maestro, es un pintor digno de figurar al lado de los más famosos por su elegancia.

Soberbio es el retrato de Saia; y muy elegante el de Mateo Silvela, es decir, el de su señora. Jugosos los paisajes de Saury; y tristes muy tristes, por ser representaciones de los fríos del invierno, los de Tor-desillas. Picante el *Warteló*, 18 Junio 1815 de Marcelino Unceta que ha estado más afortunado en los caballos, que en la silueta de Napoleón. Valientes, los cuadros de Varela Sartorio; y... no se como, las obras de Urrabieta (Daniel, Vierge) que constan en el catálogo y no he podido hallar en toda la Exposición.

Villegas Brieva, aporta el *Sermón de un misionero* en la Catedral de Córdoba, vistiendo los personajes trajes de 1808. Y aunque la palabra discreto criske los nervios de algún crítico de menor cuantía, aplicada á un cuadro, el hecho es, que, en la presente ocasión, no hay otro remedio que aplicarla. La obra del Sr. Villegas, no inspira grandes entusiasmos, ni provoca grandes censuras. Es un cuadro como digo, muy discreto.

Así mismo resultan los dos que expone el Sr. Zapater, titulados *El horóscopo* y un retrato de una señorita Vinyals (doña María) y dignas de consideración las obras de Uribe, Suarez, Inclán, Stnick, Saenz, Rodríguez de Rivera, Concha de la Puente, Pancela y Valcorba.

De Plasencia hay un solo dibujo y ese, como de Plasencia. Al malogrado Arango ha dedicado el círculo de Bellas Artes, una sala entera de su Exposición, en la que se ven multitud de obras del pintor recientemente muerto.

Maura ha sorprendido á los que ignoraban que practicaba también la miniatura, con una muy apura-

da de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Abarzuza, ejerciendo de modernista, presenta cuatro cuadros á cual más interesantes, siendo á mi juicio el mejor su *Maestro de obra prima*. Julia Alcaide prosigue su afición á pintar la naturaleza muerta. Pecando el cuadro que presenta de monotonía, por la igualdad del procedimiento con que están tratadas las palomas y el fondo. Aldar aporta una cabeza andaluza tan hermosa como todas las suyas. Y Alvarez Dumont (Eugenio) un buen retrato.

Sobrado de azul, pero muy bello es el interior de un bañat y los *Molinos de Vieja*, (Toledo) de Arredondo. Y seco, extremadamente seco y duro el *Paisaje de Toledo* del Sr. Beruete. En cambio los de Casanovas rebosan frescura y jugo de excelente carta, por mas que se vea mas en ellos al dibujante que al pintor.

Casenave, uno de los discípulos de Morera, que siguen fielmente la buena tradición del maestro, expone una lindísima vista del Pardo á la que titula *Después de la lluvia*; Faura (Gabriel) aunque presenta mucho, no tiene nada malo, y en sus composiciones, bien elegidas, campea una plausible originalidad.

El rincón de estudio, de García San Pedro, se recomienda por su delicadeza. Y los dos cuadros de Gerónimo Gomez Rodríguez, el predilecto de Moreno Carbonero, denotan mucho estudio, mucho entusiasmo y aun mayor adelanto.

Luis Giménez Aranda expone una rejá á la que un galán se asoma para conversar con su dama y dos vistas de Venecia. Es pintor de los que, pudiendo hacer mucho, se han quedado ahora cortos. De su talento debe exigirse bastante mas, aunque al presente deba servirle de circunstancia atenuante, el estar disfrutando de la época mas dichosa de la vida.

Luis Giménez Aranda, el autor del famoso cuadro del *Hospital*, premiado en París, no ha querido tampoco mas que hacerse presente con una ligera mancha. Nómbrala *Sola*, y se reduce á una enlutada que, sentada á la orilla del mar, distrae el recuerdo de sus desventuras contemplando el vaiven de las olas que, deshechas en espuma, vienen á estrellarse contra la playa.

El *Soldado antiguo* de Cristóbal Lopez, trae á la memoria no solo ios asuntos, sino la manera de hacer de Meissonier. Y la maestría consumada del egregio Carlos Hoos, el paisaje *Mallos de Riglos* de que es autor Francisco Mas.

Pero en cuanto á procedimiento nada mas original y nunca visto, que el puesto en práctica por un italiano, Marcini, en su *Vendedor de Santos*. Refieren los biógrafos de Herrera el viejo, (primer inspirador del gran Velazquez), que cuando el artista estaba furioso, que era casi siempre, arrojaba los pinceles y pintaba con cañas mal cortadas, escobones y hasta pedazos de trapo. Y sin duda Marcini, se ha enamorado de semejantes artefactos, desechando los pinceles por útil vulgar, cuando de tal suerte ha pintado su única obra de l